

vilegio y la nacionalización del cío y á una determinación pre los fines á que ha de atender el elemento armado, en la doble relación de la vida interior del país y de la política internacional.

Enseguida se enseñoreó de muchos espíritus otra fórmula: la de que con la inclusión del Sufragio Universal y el Jurado y otras instituciones concurrentes de la Revolución de Septiembre, en el orden legal creado por la Restauración y la Regencia, se había cerrado en nuestro país el ciclo de las reformas políticas y sociales, y de tal suerte que ya solo procedía consolidar lo establecido y dedicar la mirada y los sacrificios á organizar una buena administración.

Al decir esto se prescindía graciosamente de la incompatibilidad sustancial de las instituciones democráticas de 1869 con el régimen de Carta otorgada que consagra la Constitución del 76 y no se reflexionaba en el modo y el fin con que, después de 1880, se habían implantado aquellas instituciones, cuya perversión y descrédito aparecen hoy con claridad meridiana, y han contribuido no poco primeramente á la profunda crisis porque atraviesa la democracia española y luego á la evidente exaltación del Poder real.

Pero además, aquella fórmula chocaba abiertamente con lo que ya por aquel entonces se producía y desarrollaba en toda Europa; mejor dicho, en todo el mundo. Porque precisamente en aquella hora, los Parlamentos se llenaban con proyectos y debates sobre la reforma electoral y el régimen de las autonomías locales y regionales y el problema obrero y la reforma pedagógica y la transformación y organización del servicio militar: particulares todos de interés palpitante, aun en aquellos países que, como Bélgica y Francia y Austria é Italia é Inglaterra, tenían resueltos problemas políticos interiores que excusaban los estadistas y directores españoles, resistentes á la autonomía colonial, á la reformabilidad de la Constitución, al servicio militar obligatorio sin el privilegio de la redención á metálico, á la secularización de la enseñanza, á la supresión de los estados de guerra ó de sitio casi permanentes, á la reducción del poder central ó mejor dicho de la burocracia en relación con la vida municipal y provincial, á la sinceridad electoral en todos sus aspectos y sus grados, y á la limitación de la influencia y las pretensiones neocatólicas ó clericales en el orden general de la vida civil y de la acción política.

Más tarde pobláronse los aires con la famosa protesta de sacrificar el último hombre y la última peseta á la conservación, no ya del imperio colonial español, sí que del régimen teocrático vigente en Filipinas y del sistema de la desigualdad política, la explotación económica y el predominio de la burocracia y la dictadura en las Antillas.

Cierto que, de vez en cuando nuestros gobernantes se decidían por la reforma, pero es bien sabido que ésta era siempre deficiente y tardía y las más de las veces acompañada de recelos, sofisticamientos, suspensiones y retrocesos á que daban mayor y más deplorable carácter, la suspicacia y frecuentemente la franca desconfianza con que se agraviaba la lealtad de los ultramarinos que osaban pretender, como un derecho, una reforma profunda, aconsejada por el ejemplo de todas las naciones colonizadoras y recomendada por la expresa aunque discreta recomendación de los Gabinetes extranjeros.

Por este camino se llegó á pensar que, con nuestros propios y exclusivos esfuerzos, podíamos luchar, no solo contra la insurrección de los colonos intransigentes, sí que con una potencia de los recursos y la representación de los Estados Unidos de América, en medio de la indiferencia (rayana de la complicitad) de toda Europa, que, luego, ha señalado, como excusa de su censurable conducta, nuestra constante resistencia á la expansión en las Antillas y á la secularización de la vida en Filipinas.

Pero con ser deplorables (harto lo vemos y lo palpamos ahora) los efectos de todas esas fórmulas salvadoras (!) de otros tiempos, quizá ninguna ha perjudicado á los republicanos especialmente, tanto como la relativa á la ociosidad de la propaganda en el estado actual de la sociedad política española, porque (así se decía) «aquí ya todos sabíamos lo que convenía ó era necesario realizar, y en todas partes y de todas suertes se imponía la exigencia de que los actos sustituyesen á las palabras.»

Yo no sé cuántas veces, en estos últimos años, he combatido esa tesis. Mi insistencia prueba no sólo el arraigo del error que señalo, sí que la escasa influencia de mi consejo. Sin embargo, no desmayo, y como es bien sabido predico con el ejemplo: porque, si por una parte, me esfuerzo en demostrar la vacuidad de la política de los movimientos ciegos, de las improvisaciones arrogantes, de los desplantes cómicos y de los aparatos teatrales, por otro lado pago, con mi humilde persona, el tributo debido á la sinceridad de mi recomendación.

Por eso respondo á todas las excitaciones, viniendo á estos sitios. Por eso no me canso de escribir y de prodigar mis modestos trabajos, sin pertenecer al grupo de los directores de mi partido; sin pretender dirigirle en el orden de la política palpitante; resuelto á no gastar mis fuerzas dando puñetazos al aire y sablazos al agua, pero atento al deber de contribuir á que mi partido se ponga en condiciones de enterarse y de orientarse y en situación de ser dirigida con eficacia, mediante una vigorosa organización y una severa disciplina, que den realidad, alcance y valor práctico á los esfuerzos bien intencionados, y luego, garantías y confianza al país, ansioso, cada vez más de un rumbo fijo, de un gobierno regular y de un orden político y social á la altura de las nuevas necesidades de los tiempos y de los gravísimos compromisos á que han llevado á España nuestros errores y desgracias de estos últimos años, lo mismo que la marcha general del mundo.

Por esto me creo dispensado de repetir los argumentos que he hecho cien veces en pro de la tesis de que «es absolutamente falso y extraordinariamente perturbador el supuesto de que en nuestro país está hecha la propaganda democrático-republicana, y que por tanto solo necesitamos aliento para llevar al terreno de la práctica, de las leyes y de las instituciones, lo ya determinado clara y precisamente, en la esfera de las inteligencias.»

Ni siquiera quiero utilizar el argumento que, natural é inmediatamente resulta de la consideración de que si en estos últimos tiempos no hubiese decaído la propaganda, en los términos inverosímiles que todos conocemos, habría sido, cuando no imposible, sí muy difícil y de todas suertes, con alcance muy limitado, la privanza de los errores y las fórmulas que antes he recordado y cuyos deplorables efectos son ya bien conocidos y lamentados por todos cuantos ahora se dan cuenta de la triste situación de nuestra Patria.

Pero excusándome de disertar sobre estos extremos, me he de permitir, sin embargo, agregar á lo dicho un argumento novísimo que tiene carácter de insuperable actualidad, como que se desprende de circunstancias especialísimas del momento presente.

Aludo al aspecto que ha tomado la política activa de nuestro país, en estos últimos días; á la manera con que se desarrollan ahora la acción de nuestros Gobiernos y la crítica y las gestiones de nuestra prensa, nuestros círculos y nuestros partidos, y en fin, á los problemas (al parecer, nuevos, cuando menos por el orden de su presentación y las inquietudes que producen aun en una sociedad tan decaída como la actual española), que se han puesto sobre el tapete y requieren urgentemente solución de todos nuestros políticos.

RAFAEL M. DE LABRA.

LA OLA NEGRA

Sometida España á la influencia clerical, gracias á la indolencia, ó mejor dicho complicitad, del mal llamado gobierno liberal, vése por todas partes el pernicioso influjo que la sotana ejerce en la parte de sociedad que, falta de cultura ó sobrada de asqueroso fanatismo, se presta á los maquiavélicos planes de los adoradores de un Dios que nuestras consentidas culpas pena con toda clase de calamidades.

En las naciones dotadas de instituciones democráticas y en donde por esta causa la cultura es casi general, los clericales vense reducidos á un muy limitado radio de acción, siendo su ministerio el único que ejercen, sin extralimitaciones en el confesionario ni expansiones en el pulpito, cuan corresponde á los que dicen ser continuadores de las doctrinas de Cristo.

En los países en que la cultura entra como factor principal, los que visten sotana ó sayal se abstienen á practicar su ministerio, dentro del cual tienen ancho campo para ejercitar su celo y caridad, sin que se permitan la más ligera excursión al dominio de la política...

Aquí, en esta atrasada cuanto desventurada nación, en la que consintió sin afección al fanático Carlos II y al imbécil Fernando VII, como muy bien dice Pí y Margall, el cura y el fraile se permiten todo.

Para ellos todo cuanto no sea de su exclusiva iniciativa es digno de ataque y menosprecio. Su autoridad es según ellos, superior á todas las autoridades; su enseñanza, rancia y plagada de sofisma, según nosotros, es la única limpia y verdadera; su tan falseada religión... la madre de todas las religiones...

Y como todo se les consiente á pesar de las pérdidas que nos han causado con sus intransigencias y abusivo proceder en nuestras colonias y los sonrojos que nos proporcionan en nuestras cuestiones con el Vaticano, los de ropal largo se creen, se multiplican y ansian más, mucha más negrura en nuestra enseñanza, más incultura en el pueblo, más fanatismo en la sociedad para poder dominar en el poder y en las conciencias...

¡Pobre, pobre España! ¡Pobre patria de Ser- vet!

La patria del cruel y estúpido Luis IX, que según Laurent Tailhade fué digno de que le hicieran santo en gracia á su amor á las cruzadas, vése hoy á la cabeza de la civilización por su amor á la humanidad. España, la que con sus comeros fué la primera que lanzara el grito sacrosanto de libertad, vése hoy, en el siglo xx, tan atrasada como la caduca Turquía, quizás tanto como el bárbaro imperio de Magreb. Y todo por falta de patriotismo en los que mandan; por sobra atraso intelectual en los gobernados; por la ola negra que avanza sin cesar, que todo lo envuelve, que á enseñanza antigua nos quiere retrotraer...

La sotana y el sayal batallan sin cesar. Su obra no es de un día, no: es de un año y otro año; de un siglo y otro siglo. Luchan porque sus negros ideales subsistan; porque su imperio sobre este bello rincón de Europa no se acabe, porque su interesada y malsana intervención en todo no desaparezca, porque su negra y fatal silueta sea más visible y se agrande; porque sus serviles comparsas seglares se multipliquen...

Y en su constante lucha por lo caduco, por lo que fué, por la bochornosa ignorancia, tiende y aspira ¡insensatos! á esclavizar las amodorradas conciencias, á aprisionar los anémicos espíritus, á dominar sobre los pobres de entendimiento y apocados de corazón.

Su odio por todo lo nuevo y progresivo es tanto y tanta su ciega ira al ver no pueden dar por tierra con lo nuevamente creado, que, cuan nuevo D. Quijote, dá mandobles y más mandobles á diestro y siniestro; y locos, furiosos ante su risible impotencia, acometen hasta con los que, cuan el aspirante á jefe del fusionismo, tanto le deben. ¡Así paga el diablo á quien bien le sirve!

El desmedido afán de dominar, de hacer emudecer á los que no piensan como ellos, llévalos á extravíos tales como el de querer negar al hombre, al semidios de su creación, el derecho á discutir, á indagar y analizarlo todo.

Vergüenza dá el que en pleno siglo xx haya en nuestra patria quien se preste á servir de comparsa en las mascaradas que la gente de sotana organiza y dirige en capitales, villas y aldeas. Todo por supuesto con el consentimiento de los altos poderes y sus delegados en provincias.

Hoy las autoridades todas, con contadas excepciones, préstanse gustosas á autorizar y hasta presidir esas ridículas exhibiciones que, cuan el Corpus en esta capital, los llamados pecados en Camuñas, los danzantes en el Corral de Almagnos y otros mil en distintos puntos, causa y pretexto dan de risa y chacota entre los que creen que las doctrinas de Cristo no admiten esas burlescas y asquerosas muecas, que sin cesar se ven en esas que llaman fiestas religiosas y soló son restos del más refinado paganismo. Fiestas explotadas por los que de su ministerio hacen un centro de negocios, sin pizca de moral y sobra de interés.

Y ante tales demasías, ante la constante exhibición de las fuerzas curiales, la opinión liberal se alarma; más y más cuanto ve que mientras el mal llamado gobierno liberal abre las fronteras á los frailes, las cierra á los diputados republicanos extranjeros; mientras se hunden escuelas que pudieran servir de base para nuestra tan deseada regeneración y cultura, le vántanse conventos... Y de los conventos saldrán los eternos enemigos de la libertad y del sosiego público, y de las Universidades de Deusto y Chamartín planteles de acaparadores de momios, según Zozaya, definidores de rancias ideas, de lo incoloro, de lo absurdo, puesto que, como dice Zola, «absurdo es encomendar á hombres perturbados por una castidad forzada la enseñanza».

De todo ese numeroso plantel de frailes que nos endosa el gobierno francés saldrán múltiples ediciones de frailes de Pamplona, del cura de Viguera, del de Valdecanto, de San Román, capellanes de monjas Clarisas.

Poco importa que los negros sectarios de la ignorancia trabajen, amparados por los falsos gobiernos liberales, si unidos los republicanos y liberales todos y luchando por la patria y la libertad, damos por tierra con los suicidas ideales del absolutismo.

MANUEL DE BUSTOS Y AGUILERA.

Guadalajara 14 de Octubre de 1902.

La iglesia y el pueblo.

¡Progreso! Palabra consoladora, palabra sublime que debiera aparecer inscrita en el corazón humano de la multitud sayaguesa.

Caracterizados los españoles de sufridos é indolentes, poco ó nada nos preocupa el dictado de nación débil y pequeña que sobre nosotros lanzan á diario los pueblos nacientes que hoy caminan á la cabeza de la civilización universal.

Perdimos un imperio colonial y aún nos resignamos gustosos y agradecidos á sufrir la sobrecarga que sobre nuestras delicadas espaldas echa á diario la masa fanatizada, como si el arrebató de nuestro último filón de oro (Cuba, Filipinas y Puerto Rico) no representara para el porvenir de esta afligida España, una profunda herida que jamás llegará á cicatrizarse. Sangre brota aún del pueblo español, y hay todavía quien cree, que la nación española con el rosario en una mano y la espada en la otra conquistará lacélebre cuanto fantástica isla de Jauja, sin tener en cuenta que pueblos sin escuelas, sin material de enseñanza, sin buenos edificios y sobre todo sin consideraciones sociales para los apóstoles de la educación, son pueblos atelargados, que caminan hacia el retroceso. La ciencia, industria y comercio, atrasan también.

Venid, amados lectores; caminad por las encrucijadas de la región sayaguesa, y aquí veréis pueblos, cuyas iglesias interiormente aparecen lujosamente amuebladas, y al frente de algunas de ellas, el prototipo de la soberbia. Visitad las escuelas y salvo raras y honrosas excepciones, encontraréis locales destaralados, anti-higiénicos, reducidos, y por último, símbolos característicos de la más crasa ignorancia de algunos pueblos.

Al frente de ellas honrados y laboriosos profesores luchando á brazo partido, por desterrar en la tierna infancia la enfermedad de la inteligencia humana llamada ignorancia, para hacer de los tiernos niástagos hombres científicos, hombres ilustrados y pueblos cultos.

Ahora bien: ¿Qué diferencia existe entre un buen maestro de Escuela y un cura párroco? ¿En qué se diferencia una Iglesia de una Escuela? ¿Son iguales las consideraciones sociales y privilegios concedidos á uno y otro funcionario?

La práctica por una parte y la imparcialidad por otra son las mejores pruebas para poder contestar acertadamente á las preguntas anteriores.

Nadie nos negará que entre un buen maestro y un buen cura la diferencia es muy visible, esto es, que el primero inculca en la tierna infancia los principios rudimentarios de la ciencia, mientras que el segundo trata de inculcar en la inteligencia humana ciertas verdades reveladas por Dios y que el hombre debe creer aunque no las comprenda, á las cuales se les dá religiosamente hablando, el nombre de misterios. ¡Bonito modo de engañar, pero no persuadir!

El cura se juzga infalible en todo aquello que afecta al régimen y disciplina religiosa; mientras que el maestro, apóstol de la ciencia, si toca á ciencias naturales destruye del espíritu humano las telarañas que ciegan el infantil espíritu; si toca á la Historia traza el camino del progreso dirigiendo á la niñez por el sendero de la verdadera cultura; si explica matemáticas saca al tierno vástago de lo rutinario, vulgar y desusado, apartándole, por medio del cálculo, de la estafa y del engaño. Si enseña agricultura hace que puestos en práctica los principios generales de esta ciencia tan benéfica como fácil unidos con el trabajo material, produzca el subsuelo un 100 por 100 más de lo que sin ella se sacaría á esta tierra que nos sostiene. Al hablar de literatura eleva la fantasía de sus discípulos.

En resumen: el maestro de Escuela representa